

FUENTEOVEJUNA

Personas que hablan en ella:

La reina ISABEL de Castilla
 El REY Fernando de Aragón
 Rodrigo Téllez Girón, MAESTRE de la Orden de Calatrava
 Fernán Gómez de Guzmán,
 COMENDADOR Mayor de la Orden de Calatrava
 Don Gómez MANRIQUE
 Un JUEZ
 Dos REGIDORES de Ciudad Real
 ORTUÑO, criado del Comendador
 FLORES, criado del Comendador
 ESTEBAN, Alcaide de Fuenteovejuna
 ALONSO, un regidor de Fuenteovejuna
 Otro REGIDOR de Fuenteovejuna

LAURENCIA, labradora de Fuenteovejuna, hija de Esteban
 JACINTA, labradora de Fuenteovejuna
 PASCUALA, labradora de Fuenteovejuna
 JUAN ROJO, labrador
 FRONDOSO, labrador
 MENGO, labrador gracioso
 BARRILDO, labrador

LEONELO, Licenciado en derecho
 CIMBRANO, soldado
 Un MUCHACHO
 LABRADORES y LABRADORAS
 MÚSICOS

ACTO PRIMERO

***Salen el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO,
 criados***

COMENDADOR: ¿Sabe el maestro que
 estoy en la villa?

FLORES: Ya lo sabe.

ORTUÑO: Está, con la edad, más
 grave. COMENDADOR: Y ¿sabe también
 que soy

Fernán Gómez de Guzmán?

FLORES: Es muchacho, no te asombre.

COMENDADOR: Cuando no sepa mi nombre, ¿no le sobra el que me dan de comendador mayor?

ORTUÑO: No falta quien le aconseje que de ser cortés se aleje.

COMENDADOR: Conquistará poco amor. Es llave la cortesía para abrir la voluntad; y para la enemistad la necia descortesía.

ORTUÑO: Si supiese un descortés cómo le aborrecen todos --y querrían de mil modos poner la boca a sus pies--, antes que serlo ninguno, se dejaría morir.

FLORES: ¡Qué cansado es de sufrir! ¡Qué áspero y qué importuno! Lllaman la descortesía necedad en los iguales, porque es entre desiguales linaje de tiranía. Aquí no te toca nada; que un muchacho aún no ha llegado a saber qué es ser amado.

COMENDADOR: La obligación de la espada que se ciñó, el mismo día que la cruz de Calatrava le cubrió el pecho, bastaba para aprender cortesía.

FLORES: Si te han puesto mal con él, presto lo conocerás.

ORTUÑO: Vuélvete, si en duda estás.

COMENDADOR: Quiero ver lo que hay en él.

Sale el MAESTRE de Calatrava y acompañamiento

MAESTRE: Perdonad, por vida mía, Fernán Gómez de Guzmán; que agora nueva me dan que en la villa estáis.

COMENDADOR: Tenía muy justa queja de vos; que el amor y la crianza me daban más confianza, por ser, cual somos los dos, vos maestro en Calatrava, yo vuestro comendador y muy vuestro servidor.

MAESTRE: Seguro, Fernando, estaba de vuestra buena venida. Quiero volveros a dar los brazos.

COMENDADOR: Debéisme honrar;
 que he puesto por vos la vida
 entre diferencias tantas,
 hasta suplir vuestra edad
 el pontífice.

MAESTRE: Es
 verdad. Y por las señales santas
 que a los dos cruzan el pecho,
 que os lo pago en estimaros
 y como a mi padre honraros.

COMENDADOR: De vos estoy satisfecho.

MAESTRE: ¿Qué hay de guerra por allá?

COMENDADOR: Estad atento, y sabréis
 la obligación que tenéis.

MAESTRE: Decid que ya lo estoy,
 ya.

COMENDADOR: Gran maestro, don
 Rodrigo Téllez Girón, que a tan alto
 lugar os trajo el valor
 de aquel vuestro padre claro,
 que, de ocho años, en vos
 renunció su maestrazgo,
 que después por más seguro
 juraron y confirmaron
 reyes y comendadores,
 dando el pontífice santo
 Pío segunda sus bulas
 y después las suyas Paulo
 para que don Juan Pacheco,
 gran maestro de Santiago,
 fuese vuestro coadjutor:
 ya que es muerto, y que os han dado
 el gobierno sólo a vos,
 aunque de tan pocos años,
 advertid que es honra vuestra
 seguir en aqueste caso
 la parte de vuestros deudos;
 porque, muerto Enrique cuarto,
 quieren que al rey don Alonso
 de Portugal, que ha heredado,
 por su mujer, a Castilla,
 obedezcan sus vasallos;
 que aunque pretende lo mismo
 por Isabel don Fernando,
 gran príncipe de Aragón,
 no con derecho tan claro
 a vuestros deudos, que, en fin,
 no presumen que hay engaño
 en la sucesión de Juana,
 a quien vuestro primo hermano
 tiene agora en su poder.
 Y así, vengo a aconsejaros
 que juntéis los caballeros
 de Calatrava en Almagro,
 y a Ciudad Real toméis,
 que divide como paso
 a Andalucía y Castilla,
 para mirarlos a entrambos.
 Poca gente es menester,

porque tienen por soldados
 solamente sus vecinos
 y algunos pocos hidalgos,
 que defienden a Isabel
 y llaman rey a Fernando.
 Será bien que deis asombro,
 Rodrigo, aunque niño, a cuantos
 dicen que es grande esa cruz
 para vuestros hombros flacos.
 Mirad los condes de Urueña,
 de quien venís, que mostrando
 os están desde la fama
 los laureles que ganaros;
 los marqueses de Villena,
 y otros capitanes, tantos,
 que las alas de la fama
 apenas pueden llevarlos.
 Sacad esa blanca espada;
 que habéis de hacer, peleando,
 tan roja como la cruz;
 porque no podré llamaros
 maestro de la cruz roja
 que tenéis al pecho, en tanto
 que tenéis la blanca espada;
 que una al pecho y otra al lado,
 entrambas han de ser rojas;
 y vos, Girón soberano,
 capa del templo inmortal
 de vuestros claros pasados.

MAESTRE: Fernán Gómez, estad
 cierto, que en esta parcialidad,
 porque veo que es verdad,
 con mis deudos me concierdo.

Y si importa, como paso
 a Ciudad Real mi intento,
 veréis que como violento
 rayo sus muros abraso.

No porque es muerto mi tío
 piensen de mis pocos años
 los propios y los extraños
 que murió con él mi brío.

Sacaré la blanca espada
 para que quede su luz
 de la color de la cruz,
 de roja sangre bañada.

Vos, ¿adónde residís
 tenéis algunos soldados?

COMENDADOR: Pocos, pero mis
 criados; que si de ellos os servís,
 pelearán como leones.

Ya veis que en Fuenteovejuna
 hay gente humilde, y alguna
 no enseñada en escuadrones,
 sino en campos y labranzas.

MAESTRE: ¿Allí residís?

COMENDADOR: Allí
 de mi encomienda escogí
 casa entre aquestas mudanzas.

Vuestra gente se registre;
que no quedará vasallo.
MAESTRE: Hoy me veréis a
caballo, poner la lanza en el ristre.

Vanse. Salen PASCUALA y LAURENCIA

LAURENCIA: ¡Mas que nunca acá
volviera! PASCUALA: Pues a la hé que
pensé que cuando te lo conté
más pesadumbre te diera.

LAURENCIA: ¡Plega al cielo que
jamás le vea en Fuenteovejuna!
PASCUALA: Yo, Laurencia, he visto
alguna tan brava, y pienso que más;
y tenía el corazón
brando como una manteca.

LAURENCIA: Pues ¿hay encima tan
seca como ésta mi condición?

PASCUALA: Anda ya; que nadie diga:
"de esta agua no beberé."

LAURENCIA: ¡Voto al sol que lo
diré, aunque el mundo me desdiga!
¿A qué efecto fuera bueno
querer a Fernando yo?
¿Casarame con él?

PASCUALA: No.

LAURENCIA: Luego la infamia condeno.
¡Cuántas mozas en la villa,
del comendador fiadas,
andan ya descalabradas!

PASCUALA: Tendré yo por
maravilla que te escapes de su mano.

LAURENCIA: Pues en vano es lo que
ves, porque ha que me sigue un mes,
y todo, Pascuala, en vano.

Aquel Flores, su alcahuete,
y Ortuño, aquel socarrón,
me mostraron un jubón,
una sarta y un copete.

Dijéronme tantas cosas
de Fernando, su señor,
que me pusieron temor;
mas no serán poderosas
para contrastar mi pecho.

PASCUALA: ¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA: Allá
en el arroyo, y habrá
seis días.

PASCUALA: Y yo
sospecho que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA: ¿A mí?

PASCUALA: Que no, sino al cura.

LAURENCIA: Soy, aunque polla, muy dura
yo para su reverencia.

Pardiez, más precio poner,
 Pascuala, de madrugada,
 un pedazo de lunada
 al huego para comer,
 con tanto zalacotón
 de una rosca que yo amaso,
 y hurtar a mi madre un vaso
 del pegado cangilón,
 y más precio al mediodía
 ver la vaca entre las coles
 haciendo mil caracoles
 con espumosa armonía;
 y concertar, si el camino
 me ha llegado a causar pena,
 casar un berenjena
 con otro tanto tocino;
 y después un pasatarde,
 mientras la cena se aliña,
 de una cuerda de mi viña,
 que Dios de pedrisco guarde;
 y cenar un salpicón
 con su aceite y su pimienta,
 e irme a la cama contenta,
 y al "inducas tentación"
 rezalle mis devociones,
 que cuantas raposerías,
 con su amor y sus porfías,
 tienen estos bellacones;
 porque todo su cuidado,
 después de darnos disgusto,
 es anochecer con gusto
 y amanecer con enfado.

PASCUALA: Tienes, Laurencia,
 razón; que en dejando de querer,
 más ingratos suelen ser
 que al villano el gorrión.

En el invierno, que el frío
 tiene los campos helados,
 descienden de los tejados,
 diciéndole: "tío, tío,"

hasta llegar a comer
 las migajas de la mesa;
 mas luego que el frío cesa,
 y el campo ven florecer,
 no bajan diciendo "tío,"
 del beneficio olvidados,
 mas saltando en los tejados
 dicen: "judío, judío."

Pues tales los hombres son:
 cuando nos han menester,
 somos su vida, su ser,
 su alma, su corazón;
 pero pasadas las ascuas,
 las tías somos judías,
 y en vez de llamarnos tías,
 anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA: No fiarse de ninguno.

PASCUALA: Lo mismo digo,
 Laurencia.

Salen MENGO, BARRILDO y FRONDOSO

FRONDOSO: En aquesta diferencia
 andas, Barrildo, importuno.

BARRILDO: A lo menos aquí
 está quien nos dirá lo más cierto.

MENGO: Pues hagamos un
 concierto antes que lleguéis allá,
 y es, que si juzgan por mí,
 me dé cada cual la prenda,
 precio de aquesta contienda.

BARRILDO: Desde aquí digo que
 sí. Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO: Daré mi rabel de boj,
 que vale más que una troj,
 porque yo le estimo en más.

BARRILDO: Soy contento.

FRONDOSO: Pues
 lleguemos. Dios os guarde, hermosas damas.

LAURENCIA: ¿Damas, Frondoso, nos llamas?

FRONDOSO: Andar al uso queremos:
 al bachiller, licenciado;
 al ciego, tuerto; al bisojo,
 bizco; resentido, al cojo;
 y buen hombre, al descuidado.
 Al ignorante, sesudo;
 al mal galán, soldadesca;
 a la boca grande, fresca;
 y al ojo pequeño, agudo.
 Al pleitista, diligente;
 gracioso al entremetido;
 al hablador, entendido;
 y al insufrible, valiente.
 Al cobarde, para poco;
 al atrevido, bizarro;
 compañero al que es un jarro;
 y desenfadado, al loco.
 Gravedad, al descontento;
 a la calva, autoridad;
 donaire, a la necedad;
 y al pie grande, buen cimientto.
 Al buboso, resfriado;
 comedido al arrogante;
 al ingenioso, constante;
 al corcovado, cargado.
 Esto al llamaros imito,
 damas, sin pasar de aquí;
 porque fuera hablar así
 proceder en infinito.

LAURENCIA: Allá en la ciudad,
 Frondoso, llámase por cortesía
 de esta suerte; y a fe mía,
 que hay otro más riguroso
 y peor vocabulario
 en las lenguas descortes.

FRONDOSO: Querría que lo
 dijese.

LAURENCIA: Es todo a esotro
 contrario: al hombre grave, enfadoso;
 venturoso al descompuesto;
 melancólico al compuesto;
 y al que reprehende, odioso.
 Importuno al que aconseja;
 al liberal, moscatel;
 al justiciero, crüel;
 y al que es piadoso, madeja.
 Al que es constante, villano;
 al que es cortés, lisonjero;
 hipócrita al limosnero;
 y pretendiente al cristiano.
 Al justo mérito, dicha;
 a la verdad, imprudencia;
 cobardía a la paciencia;
 y culpa a lo que es desdicha.
 Necia a la mujer honesta;
 mal hecha a la hermosa y casta;
 y a la honrada... Pero basta;
 que esto basta por respuesta.

MENGO: Digo que eres el dimuño.
 LAURENCIA: ¡Soncas que lo dice mal!
 MENGO: Apostaré que la sal
 la echó el cura con el puño.
 LAURENCIA: ¿Qué contienda os ha
 traído, si no es que mal lo entendí?
 FRONDOSO: Oye, por tu vida.
 LAURENCIA: Di.
 FRONDOSO: Préstame, Laurencia, oído.
 LAURENCIA: Como prestado, y aun
 dado, desde agora os doy el mío.
 FRONDOSO: En tu discreción confío.
 LAURENCIA: ¿Qué es lo que habéis apostado?
 FRONDOSO: Yo y Barrildo contra Mengo.
 LAURENCIA: ¿Qué dice Mengo?
 BARRILDO: Una cosa
 que, siendo cierta y forzosa,
 la niega.

MENGO: A negarla
 vengo, porque yo sé que es verdad.
 LAURENCIA: ¿Qué dice?
 BARRILDO: Que no hay amor.
 LAURENCIA: Generalmente, es rigor.
 BARRILDO: Es rigor y es necesidad.
 Sin amor, no se pudiera
 ni aun el mundo conservar.

MENGO: Yo no sé filosofar;
 leer, ¡ojalá supiera!
 Pero si los elementos
 en discordia eterna viven,
 y de los mismos reciben
 nuestros cuerpos alimentos,
 cólera y melancolía,
 flema y sangre, claro está.

BARRILDO: El mundo de acá y de
 allá, Mengo, todo es armonía.
 Armonía es puro amor,
 porque el amor es concierto.

MENGO: Del natural os
 advierto

que yo no niego el valor.
 Amor hay, y el que entre sí
 gobierna todas las cosas,
 correspondencias forzosas
 de cuanto se mira aquí;
 y yo jamás he negado
 que cada cual tiene amor,
 correspondiente a su humor,
 que le conserva en su estado.

Mi mano al golpe que viene
 mi cara defenderá;
 mi pie, huyendo, estorbará
 el daño que el cuerpo tiene.

Cerraránse mis pestañas
 si al ojo le viene mal,
 porque es amor natural.

PASCUALA: Pues, ¿de qué nos desengañas?

MENGO: De que nadie tiene amor
 más que a su misma persona.

PASCUALA: Tú mientes, Mengo, y
 perdona; porque, ¿es materia el rigor
 con que un hombre a una mujer
 o un animal quiere y ama
 su semejante?

MENGO:

Eso llama amor propio, y no querer.

¿Qué es amor?

LAURENCIA: Es
 un deseo de hermosura.

MENGO: Esa
 hermosura ¿por qué el amor la procura?

LAURENCIA: Para gozarla.

MENGO: Eso
 creo. Pues ese gusto que intenta,
 ¿no es para él mismo?

LAURENCIA: Es así.

MENGO: Luego ¿por quererse a sí
 busca el bien que le contenta?

LAURENCIA: Es verdad.

MENGO: Pues de
 ese modo hay amor sino el que digo,
 que por mi gusto le sigo
 y quiero dármelo en todo.

BARRILDO: Dijo el cura del lugar
 cierto día en el sermón
 que había cierto Platón
 que nos enseñaba a amar;
 que éste amaba el alma sola
 y la virtud de lo amado.

PASCUALA: En materia habéis
 entrado que, por ventura, acrisola
 los caletres de los sabios
 en sus academias y escuelas.

LAURENCIA: Muy bien dice, y no te
 muelas en persuadir sus agravios.

Da gracias, Mengo, a los cielos,
 que te hicieron sin amor.

MENGO: ¿Amas tú?

LAURENCIA: Mi propio honor.

FRONDOSO: Dios te castigue con celos.

BARRILDO: ¿Quién gana?
 PASCUALA: Con la
 quística podéis ir al sacristán,
 porque él o el cura os darán
 bastante satisfacción.
 Laurencia no quiere bien,
 yo tengo poca experiencia.
 ¿Cómo daremos sentencia?
 FRONDOSO: ¿Qué mayor que ese
 desdén?

Sale FLORES

FLORES: Dios guarde a la buena gente.
 FRONDOSO: Éste es del comendador
 criado.
 LAURENCIA: ¡Gentil
 azor! ¿De adónde bueno, pariente?
 FLORES: ¿No me veis a lo soldado?
 LAURENCIA: ¿Viene don Fernando acá?
 FLORES: La guerra se acaba ya,
 puesto que nos ha costado
 alguna sangre y amigos.
 FRONDOSO: Contadnos cómo pasó.
 FLORES: ¿Quién lo dirá como yo,
 siendo mis ojos testigos?

Para emprender la jornada
 de esta ciudad, que ya tiene
 nombre de Ciudad Real,
 juntó el gallardo maestre
 dos mil lucidos infantes
 de sus vasallos valientes,
 y trescientos de a caballo
 de seglares y de freiles;
 porque la cruz roja obliga
 cuantos al pecho la tienen,
 aunque sean de orden sacro;
 mas contra moros, se entiende.
 Salió el muchacho bizarro
 con una casaca verde,
 bordada de cifras de oro,
 que sólo los brazaletes
 por las mangas descubrían,
 que seis alamares prenden.
 Un corpulento bridón,
 Rucio rodado, que al Betis
 bebió el agua, y en su orilla
 despuntó la grama fértil;
 el codón labrado en cintas
 de ante, y el rizo copete
 cogido en blancas lazadas,
 que con las moscas de nieve
 que bañan la blanca piel
 iguales labores teje.

A su lado Fernán Gómez,
 vuestro señor, en un fuerte
 melado, de negros cabos,
 puesto que con blanco bebe.
 Sobre turca jacerina,
 peto y espaldar luciente,
 con naranjada orla saca,
 que de oro y perlas guarnece.
 El morrión, que coronado
 con blancas plumas, parece
 que del color naranjado
 aquellos azahares vierte;
 ceñida al brazo una liga
 roja y blanca, con que mueve
 un fresno entero por lanza
 que hasta en Granada le temen.
 La ciudad se puso en arma;
 dicen que salir no quieren
 de la corona real,
 y el patrimonio defienden.
 Entróla bien resistida,
 y el maestro a los rebeldes
 y a los que entonces trataron
 su honor injuriosamente
 mandó cortar las cabezas,
 y a los de la baja plebe,
 con mordazas en la boca,
 azotar públicamente.
 Queda en ella tan temido
 y tan amado, que creen
 que quien en tan pocos años
 pelea, castiga y vence,
 ha de ser en otra edad
 rayo del África fértil,
 que tantas lunas azules
 a su roja cruz sujete.
 Al comendador y a todos
 ha hecho tantas mercedes,
 que el saco de la ciudad
 el de su hacienda parece.
 Mas ya la música suena;
 recibidle alegremente,
 que al triunfo las voluntades
 son los mejores laureles.

***Salen el COMENDADOR y ORTUÑO, MÚSICOS,
 JUAN ROJO y ESTEBAN, ALONSO, ALCAIDES. Cantan los MÚSICOS***

MUSICOS: "Sea bien
 venido el comendadore
 de rendir las tierras
 y matar los hombres.
 ¡Vivan los Guzmanes!
 ¡Vivan los Girones!
 Si en las paces blando,

dulce en las razones.
 Venciendo moriscos,
 fuertes como un roble,
 de Ciudad Reale
 viene vencedore;
 que a Fuenteovejuna
 trae los pendones.
 ¡Viva muchos años,
 viva Fernán Gómez!"

COMENDADOR: Villa, yo os agradezco justamente
 el amor que me habéis aquí mostrado.

ALONSO: Aun no muestra una parte del que
 siente. Pero ¿qué mucho que seáis amado,
 mereciéndolo vos?

ESTEBAN:

Fuenteovejuna regimiento que hoy habéis honrado,
 que recibáis os ruego e importuna
 un pequeño presente, que esos carros
 traen, señor, no sin vergüenza alguna,
 de voluntades y árboles bizarros,
 más que de ricos dones. Lo primero
 traen dos cestas de polidos barros;
 de gansos viene un ganadillo entero,
 que sacan por las redes las cabezas,
 para cantar vueso valor guerrero.
 Diez cebones en sal, valientes piezas,
 sin otras menudencias y cecinas,
 y más que guantes de ámbar, sus cortezas.
 Cien pares de capones y gallinas,
 que han dejado viudos a sus gallos
 en las aldeas que miráis vecinas.
 Acá no tienen armas ni caballos,
 no jaeces bordados de oro puro,
 si no es oro el amor de los vasallos.
 Y porque digo puro, os aseguro
 que vienen doce cueros, que aun en cueros
 por enero podéis guardar un muro,
 si de ellos aforráis vuestros guerreros,
 mejor que de las armas aceradas;
 que el vino suele dar lindos aceros.
 De quesos y otras cosas no excusadas
 no quiero daros cuenta. Justo pecho
 de voluntades que tenéis ganadas;
 y a vos y a vuestra casa, buen provecho.

COMENDADOR: Estoy muy
 agradecidd, regimiento, en buen hora.

ALONSO: Descansad, señor,
 agora, y seáis muy bien venido;
 que esta espadaña que veis
 y juncia a vuestros umbrales
 fueran perlas orientales,
 y mucho más merecéis,
 a ser posible a la villa.

COMENDADOR: Así lo creo,
 señores. Id con Dios.

ESTEBAN: Ea,
 cantores,

vaya otra vez la letrilla.

Cantan

MÚSICOS: "Sea bien
venido el comendadore
de rendir las tierras
y matar los hombres."

Vanse los MÚSICOS y los ALCAIDES

COMENDADOR: Esperad vosotras dos.
LAURENCIA: ¿Qué manda su señoría?
COMENDADOR: ¡Desdenes el otro día,
pues, conmigo! ¡Bien, por Dios!
LAURENCIA: ¿Habla contigo, Pascuala?
PASCUALA: Conmigo no, tirtte ahuera.
COMENDADOR: Con vos hablo, hermosa fiera,
y con esotra zagala.
¿Mías no sois?
PASCUALA:
Sí, señor;mas no para casos tales.
COMENDADOR: Entrad, pasado los umbrales;
hombres hay, no hayáis temor.
LAURENCIA: Si los alcaldes
entraran, que de uno soy hija yo,
bien huera entrar; mas si no...
COMENDADOR: ¡Flores!
FLORES: ¿Señor?
COMENDADOR: ¡Que
reparan en no hacer lo que les digo!
FLORES: ¡Entrad, pues!
LAURENCIA: No nos
agarre. FLORES: Entrad; que sois
necias. PASCUALA:
Arre; que echaréis luego el postigo.
FLORES: Entrad; que os quiere enseñar
lo que trae de la guerra.
COMENDADOR: Si entraren, Ortuño,
cierra.

Éntrase

LAURENCIA: Flores, dejadnos pasar.
ORTUÑO: ¿También venís
presentados lo demás?

REGIDOR 1: Católico rey Fernando,
a quien ha enviado el cielo
desde Aragón a Castilla
para bien y amparo nuestro:
en nombre de Ciudad Real,
a vuestro valor supremo
humildes nos presentamos,
el real amparo pidiendo.
A mucha dicha tuvimos
tener título de vuestros;
pero pudo derribarnos
de este honor el hado adverso.
El famoso don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
es en valor extremado,
aunque es en la edad tan tierno
maestre de Calatrava,
él, ensanchar pretendiendo
el honor de la encomienda,
nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos,
a su fuerza resistiendo,
tanto, que arroyos corrían
de la sangre de los muertos.
Tomó posesión, en fin;
pero no llegara a hacerlo,
a no le dar Fernán Gómez
orden, ayuda y consejo.
Él queda en la posesión,
y sus vasallos seremos,
suyos, a nuestro pesar,
a no remediarlo presto.

REY: ¿Dónde queda Fernán

Gómez? REGIDOR 1: En

Fuenteovejuna, y tener

en ella casa y asiento.

Allí, con más libertad

de la que decir podemos,

tiene a los súbditos suyos

de todo contento ajenos.

REY: ¿Tenéis algún capitán?

REGIDOR 2: Señor, el no haberle es

cierto, pues no escapó ningún noble

de preso, herido o de muerto.

ISABEL: Ese caso no
requiere ser de espacio remediado;

que es dar al contrario osado

el mismo valor que adquiere;

 y puede el de Portugal,

hallando puerta segura,

entrar por Extremadura

y causarnos mucho mal

REY: Don Manrique, partid

luego, llevando dos compañías;

remediad sus demasías

sin darles ningún sosiego.

 El conde de Cabra ir puede

con vos; que es Córdoba osado,

a quien nombre de soldado
 todo el mundo le concede;
 que éste es el medio mejor
 que la ocasión nos ofrece.

MANRIQUE: El acuerdo me
 parece como de tan gran valor.
 Pondré límite a su exceso,
 si el vivir en mí no cesa.

ISABEL: Partiendo vos a la
 empresa, seguro está el buen suceso.

Vanse todos. Salen LAURENCIA y FRONDOSO

LAURENCIA: A medio torcer los
 paños, quise, atrevido Frondoso
 para no dar qué decir,
 desviarme del arroyo;
 decir a tus demasías
 que murmura el pueblo todo,
 que me miras y te miro,
 y todos nos traen sobre ojo.
 Y como tú eres zagal
 de los que huellan, brioso,
 y excediendo a los demás
 vistes bizarro y costoso,
 en todo lugar no hay moza,
 o mozo en el prado o soto,
 que no se afirme diciendo
 que ya para en uno somos;
 y esperan todos el día
 que el sacristán Juan Chamorro
 nos eche de la tribuna
 en dejando los piporros.
 Y mejor sus trojes vean
 de rubio trigo en agosto
 atestadas y colmadas,
 y sus tinajas de mosto,
 que tal imaginación
 me ha llegado a dar enojo:
 ni me desvela ni aflige
 ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO: Tal me tienen tus
 desdenes, bella Laurencia, que tomo,
 en el peligro de verte,
 la vida, cuando te oigo.
 Si sabes que es mi intención
 el desear ser tu esposo,
 mal premio das a mi fe.

LAURENCIA: Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO: ¿Posible es que no te
 duelas de verme tan cuidadoso
 y que imaginando en ti
 ni bebo, duermo ni como?
 ¿Posible es tanto rigor
 en ese angélico rostro?

¡Viven los cielos, que rabio!
 LAURENCIA: Pues salúdate,
 Frondoso. FRONDOSO Ya te pido
 yo salud, y que ambos, como palomos,
 estemos, juntos los picos,
 con arrullos sonorosos,
 después de darnos la iglesia...
 LAURENCIA: Dilo a mi tío Juan
 Rojo; que aunque no te quiero bien,
 ya tengo algunos asomos.
 FRONDOSO: ¡Ay de mí! El señor es éste.
 LAURENCIA: Tirando viene a algún corzo.
 Escóndete en esas ramas.
 FRONDOSO: Y ¡con qué celos me
 escondo!

Sale el COMENDADOR

COMENDADOR: No es malo venir
 siguiendoun corcillo temeroso,
 y topar tan bella gama.
 LAURENCIA: Aquí descansaba un
 poco de haber lavado unos paños;
 y así, al arroyo me torno,
 si manda su señoría.
 COMENDADOR: Aquesos desdenes
 toscos afrentan, bella Laurencia,
 las gracias que el poderoso
 cielo te dio, de tal suerte,
 que vienes a ser un monstruo.
 Mas si otras veces pudiste
 huir mi ruego amoroso,
 agora no quiere el campo,
 amigo secreto y solo;
 que tú sola no has de ser
 tan soberbia, que tu rostro
 huyas al señor que tienes,
 teniéndome a mí en tan poco.
 ¿No se rindió Sebastiana,
 mujer de Pedro Redondo,
 con ser casadas entrambas,
 y la de Martín del Pozo,
 habiendo apenas pasado
 dos días del desposorio?
 LAURENCIA: Ésas, señor, ya tenían
 de haber andado con otros
 el camino de agradaros;
 porque también muchos mozos
 merecieron sus favores.
 Id con Dios, tras vueso corzo;
 que a no veros con la cruz,
 os tuviera por demonio,
 pues tanto me perseguís.
 COMENDADOR: ¡Qué estilo tan
 enfadosoPongo la ballesta en tierra
 [puesto que aquí estamos solos],

y a la práctica de manos
reduzco melindres.

LAURENCIA:

¿Cómo? ¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

Sale FRONDOSO y toma la ballesta

COMENDADOR: No te defiendas.

FRONDOSO: Si tomo

la ballesta ¡vive el cielo
que no la ponga en el hombro!

COMENDADOR: Acaba, ríndete.

LAURENCIA:

¡Cielos, ayúdame ahora!

COMENDADOR:

Solos estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO: Comendador generoso,

dejad la moza, o creed
que de mi agravio y enojo
será blanco vuestro pecho,
aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR: ¡Perro, villano!...

FRONDOSO: No

hay perroHuye, Laurencia.

LAURENCIA:

Frondosomira lo que haces.

FRONDOSO:

Vete.

Vase LAURENCIA

COMENDADOR: ¡Oh, mal haya el hombre

loco, que se desciiñe la espada!

Que, de no espantar medroso
la caza, me la quité.

FRONDOSO: Pues, pardiez, señor, si

toco la nuez, que os he de apiolar.

COMENDADOR: Ya es ida. Infame, alevoso,

suelta la ballesta luego.

Suéltala, villano.

FRONDOSO:

¿Cómo? Que me quitaréis la vida.

Y advertid que Amor es sordo,
y que no escucha palabras
el día que está en su trono.

COMENDADOR: Pues, ¿la espalda ha de

volver un hombre tan valeroso

a un villano? Tira, infame,

tira, y guárdate; que rompo

las leyes de caballero.

FRONDOSO: Eso, no. Yo me

conformo

con mi estado, y, pues me es
guardar la vida forzoso,
con la ballesta me voy.
COMENDADOR: ¡Peligro extraño y
notorio! Mas yo tomaré venganza
del agravio y del estorbo.
¡Que no cerrara con él!
¡Vive el cielo, que me corro!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen ESTEBAN y otro REGIDOR

ESTEBAN: Así tenga salud, como
parece, que no se saque más agora el pósito.
El año apunta mal, y el tiempo crece,
y es mejor que el sustento esté en depósito,
aunque lo contradicen más de trece.

REGIDOR: Yo siempre he sido, al fin, de este
propósito en gobernar en paz esta república.

ESTEBAN: Hagamos de ello a Fernán Gómez
súplica. No se puede sufrir que estos astrólogos,
en las cosas futuras ignorantes,
nos quieran persuadir con largos prólogos
los secretos a Dios sólo importantes.
¡Bueno es que, presumiendo de teólogos,
hagan un tiempo en el que después y ante!
Y pidiendo el presente lo importante,
al más sabio veréis más ignorante.
¿Tienen ellos las nubes en su casa
y el proceder de las celestes lumbres?
¿Por dónde ven los que en el cielo pasa,
para darnos con ella pesadumbres?
Ellos en el sembrar nos ponen tasa:
daca el trigo, cebada y las legumbres,
calabazas, pepinos y mostazas...
Ellos son, a la fe, las calabazas.
Luego cuentan que muere una cabeza,
y después viene a ser en Transilvania;
que el vino será poco, y la cerveza
sobraré por las partes de Alemania;
que se helará en Gascuña la cereza,

y que habrá muchos tigres en Hircania.
Y al cabo, que se siembre o no se siembre,
el año se remata por diciembre.

Salen el licenciado LEONELO y BARRILDO

LEONELO: A fe que no ganéis la
palmatoria porque ya está ocupado el mentidero.
BARRILDO: ¿Cómo os fue en Salamanca?
LEONELO: Es
larga historia. BARRILDO: Un Bártulo
seréis.
LEONELO: Es, como digo, cosa muy notoria un
barbero. en esta facultad lo que os refiero.
BARRILDO: Sin duda que venís buen estudiante.
LEONELO: Saber he procurado lo importante.
BARRILDO: Después que vemos tanto libro impreso,
no hay nadie que de sabio no presuma.
LEONELO: Antes que ignoran más siento por
eso, por no se reducir a breve suma;
porque la confusión, con el exceso,
los intentos resuelve en vana espuma;
y aquel que de leer tiene más uso,
de ver letreros sólo está confuso.
No niego yo que de imprimir el arte
mil ingenios sacó de entre la jerga,
y que parece que en sagrada parte
sus obras guarda y contra el tiempo alberga;
éste las distribuye y las reparte.
Débese esta invención a Gutemberga,
un famoso tudesco de Maguncia,
en quien la fama su valor renuncia.
Mas muchos que opinión tuvieron grave
por imprimir sus obras la perdieron;
tras esto, con el nombre del que sabe
muchos sus ignorancias imprimieron.
Otros, en quien la baja envidia cabe,
sus locos desatinos escribieron,
y con nombre de aquél que aborrecían
impresos por el mundo los envían.
BARRILDO: No soy de esa opinión.
LEONELO: El
ignorantees justo que se vengue del letrado.
BARRILDO: Leonelo, la impresión es importante.
LEONELO: Sin ella muchos siglos se han
pasado, y no vemos que en éste se levante
[..... --ado]
un Jerónimo santo, un Agustino.
BARRILDO: Dejadlo y asentaos, que estáis
mohino.

Salen JUAN ROJO y otro LABRADOR

JUAN ROJO: No hay en cuatro haciendas para un dote, si es que las vistas han de ser al uso; que el hombre que es curioso es bien que note que en esto el barrio y vulgo anda confuso.
 LABRADOR: ¿Qué hay del comendador? No os alborote. JUAN ROJO: ¡Cuál a Laurencia en ese campo puso! LABRADOR: ¿Quién fue cual él tan bárbaro y lascivo? Colgado le vea yo de aquel olivo.

Salen el COMENDADOR, ORTUÑO y FLORES

COMENDADOR: Dios guarde la buena gente. REGIDOR: ¡Oh, señor!
 COMENDADOR: Por vida mía, que se estén.
 ESTEBAN: Vuseñoría adonde suele se siente, que en pie estaremos muy bien.
 COMENDADOR: Digo que se han de sentar.
 ESTEBAN: De los buenos es honrar, que no es posible que den honra los que no la tienen.
 COMENDADOR: Siéntense; hablaremos algo.
 ESTEBAN: ¿Vio vuseñoría el galgo?
 COMENDADOR: Alcalde, espantados vienen esos criados de ver tan notable ligereza.
 ESTEBAN: Es una extremada pieza. Pardiez, que puede correr al lado de un delincuente o de un cobarde en cuestión.
 COMENDADOR: Quisiera en esta ocasión que le hiciérades pariente a una liebre que por pies por momentos se me va.
 ESTEBAN: Sí haré, par Dios. ¿Dónde está?
 COMENDADOR: Allá vuestra hija es.
 ESTEBAN: ¡Mi hija!
 COMENDADOR: Sí.
 ESTEBAN: Pues, ¿es buena para alcanzada de vos?
 COMENDADOR: Reñidla, alcalde, por Dios.
 ESTEBAN: ¿Cómo?
 COMENDADOR: Ha dado en darme pena. mujer hay, y principal, de alguno que está en la plaza, que dio, a la primera traza, traza de verme.
 ESTEBAN: Hizo mal; y vos, señor, no andáis bien en hablar tan libremente.
 COMENDADOR: ¡Oh, qué villano elocuente! ¡Ah, Flores!, haz que le den

la Política, en que lea
de Aristóteles.

ESTEBAN:

Señor, debajo de vuestro honor
vivir el pueblo desea.

Mirad que en Fuenteovejuna
hay gente muy principal.

LEONELO: ¿Vióse desvergüenza igual?

COMENDADOR: Pues, ¿he dicho cosa
alguna de que os pese, regidor?

REGIDOR: Lo que decís es injusto;
no lo digáis, que no es justo
que nos quitéis el honor.

COMENDADOR: ¿Vosotros honor
tenéis? ¡Qué freiles de Calatrava!

REGIDOR: Alguno acaso se alaba
de la cruz que le ponéis,
que no es de sangre tan limpia.

COMENDADOR: Y, ¿ensúciola yo
juntando la mía a la vuestra?

REGIDOR: Cuando
que el mal más tiñe que alimpia.

COMENDADOR: De cualquier suerte que
sea, vuestras mujeres se honran.

ESTEBAN: Esas palabras
deshonran las obras no hay quien las crea.

COMENDADOR: ¡Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades,
que a hombres de calidades
no hay quien sus gustos ataje;
allá se precian casados
que visiten sus mujeres.

ESTEBAN: No harán; que con esto
quieres que vivamos descuidados.
En las ciudades hay Dios
y más presto quien castiga.

COMENDADOR: Levantaos de aquí.

ESTEBAN: ¿Qué
diga lo que escucháis por los dos?

COMENDADOR: Salid de la plaza
luego; no quede ninguno aquí.

ESTEBAN: Ya nos vamos.

COMENDADOR: Pues no así.

FLORES: Que te reportes te ruego.

COMENDADOR: Querrían hacer corrillo
los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO: Ten un poco de paciencia.

COMENDADOR: De tanta me maravillo.
Cada uno de por sí
se vayan hasta sus casas.

LEONELO: ¡Cielo! ¿Qué por esto

pasas? ESTEBAN: Ya yo me voy por
aquí.

Vanse los LABRADORES

COMENDADOR: ¿Qué os parece de esta gente?

ORTUÑO: No sabes
disimular, que no quieres escuchar
el disgusto que se siente.

COMENDADOR: Éstos ¿se igualan conmigo?

FLORES: Que no es aqueso igualarse.

COMENDADOR: Y el villano, ¿ha de quedarse
con ballesta y sin castigo?

FLORES: Anoche pensé que
estaba a la puerta de Laurencia,
y a otro, que su presencia
y su capilla imitaba,
de oreja a oreja le di
un beneficio famoso.

COMENDADOR: ¿Dónde estará aquel

Fronoso? FLORES: Dicen que anda por ahí.

COMENDADOR: ¡Por ahí se atreve a andar
hombre que matarme quiso!

FLORES: Como el ave sin
aviso, o como el pez, viene a dar
al reclamo o al anzuelo.

COMENDADOR: ¡Que a un capitán cuya
espada tiemblan Córdoba y Granada,
un labrador, un mozuelo
ponga una ballesta al pecho!
El mundo se acaba, Flores.

FLORES: Como eso pueden amores.

ORTUÑO: Y pues que vive, sospecho
que grande amistad le debes.

COMENDADOR: Yo he disimulado,
Ortuño; que si no, de punta a puño,
antes de dos horas breves,
pasara todo el lugar;
que hasta que llegue ocasión
al freno de la razón
hago la venganza estar.
¿Qué hay de Pascuala?

FLORES:
Responde que anda agora por casarse.

COMENDADOR: ¿Hasta allí quiere
fiarse? FLORES: En fin, te remite
donde te pagarán de contado.

COMENDADOR: ¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO: Una
graciosa respuesta.

COMENDADOR: Es moza
brüosa. ¿Cómo?

ORTUÑO: Que su
desposado anda tras ella estos días
celoso de mis recados
y de que con tus criados
a visitarla venías;
pero que si se descuida
entrarás como primero.

COMENDADOR: ¡Bueno, a fe de caballero!
Pero el villanejo cuida...

ORTUÑO: Cuida, y anda por los

aires. COMENDADOR: ¿Qué hay de
Inés? FLORES:
¿Cuál?

COMENDADOR: La
de Antón. FLORES: Para cualquier
ocasión ya ha ofrecido sus donaires.

Habléla por el corral,
por donde has de entrar si quieres.

COMENDADOR: A las fáciles mujeres
quiero bien y pago mal.

Si éstas supiesen, ¡oh, Flores!,
estimarse en lo que valen...

FLORES: No hay disgustos que se
igualen a contrastar sus favores.

Rendirse presto desde
de la esperanza del bien;
mas hay mujeres también,
porque el filósofo dice,
que apetecen a los hombres
como la forma desea
la materia; y que esto sea
así, no hay de qué te asombres.

COMENDADOR: Un hombre de amores

loco huélgase que a su accidente
se le rindan fácilmente,
mas después las tiene en poco,
y el camino de olvidar,
al hombre más obligado
es haber poco costado
lo que pudo desear.

Sale CIMBRANOS, soldado

CIMBRANOS: ¿Está aquí el comendador?

ORTUÑO: ¿No le ves en tu presencia?

CIMBRANO: ¡Oh, gallardo Fernán Gómez!

Trueca la verde montera
en el blanco morrión
y el gabán en armas nuevas;
que el maestro de Santiago
y el conde de Cabra cercan
a don Rodrigo Girón,
por la castellana reina,
en Ciudad Real; de suerte
que no es mucho que se pierda
lo que en Calatrava sabes
que tanta sangre le cuesta.
Ya divisan con las luces,
desde las altas almenas
los castillo y leones
y barras aragonesas.
Y aunque el rey de Portugal
honrar a Girón quisiera,
no hará poco en que el maestro
a Almagro con vida vuelva.
Ponte a caballo, señor;
que sólo con que te vean
se volverán a Castilla.

COMENDADOR: No prosigas; tente, espera.
 Haz, Ortuño, que en la plaza
 toquen luego una trompeta.
 ¿Qué soldados tengo aquí?
 ORTUÑO: Pienso que tienes cincuenta.
 COMENDADOR: Pónganse a caballo todos.
 CIMBRANOS: Si no caminas apriesa,
 Ciudad Real es del rey.
 COMENDADOR: No hayas miedo que lo
 sea.

**Vanse TODOS. Salen MENGO, LAURENCIA y PASCUALA,
 huyendo**

PASCUALA: No te apartes de
 nosotras. MENGO: Pues, ¿a qué
 tenéis temor? LAURENCIA: Mengo,
 a la villa ~~espéranos~~ unas con otras,
 pues que no hay hombre ninguno,
 porque no demos con él.
 MENGO: ¡Que este demonio crúel
 nos sea tan importuno!
 LAURENCIA: No nos deja a sol ni a
 sombra. MENGO: ¡Oh! Rayo del cielo
 baje que sus locuras ataje.
 LAURENCIA: Sangrienta fiera le nombra;
 arsénico y pestilencia
 del lugar.
 MENGO: Hanme
 contado que Frondoso, aquí en el prado,
 para librarte, Laurencia,
 le puso al pecho una jara.
 LAURENCIA: Los hombres aborrecía,
 Mengo; mas desde aquel día
 los miro con otra cara.
 ¡Gran valor tuvo Frondoso!
 Pienso que le ha de costar
 la vida.
 MENGO: Que
 del lugar se vaya, será forzoso.
 LAURENCIA: Aunque ya le quiero
 bien, eso mismo le aconsejo;
 mas recibe mi consejo
 con ira, rabia y desdén;
 y jura el comendador
 que le ha de colgar de un pie.
 PASCUALA: ¡Mal garrotillo le dé!
 MENGO: Mala pedrada es mejor!
 ¡Voto al sol, si le tirara
 con la que llevo al apero,
 que al sonar el crujidero
 al casco se la encajara!
 No fue Sábalo, el romano,
 tan vicioso por jamás.

LAURENCIA: Heliogábalo
 dirás, más que una fiera inhumano.
 MENGO: Pero Galván, o quien
 fue, que yo no entiendo de historia;
 mas su cativa memoria
 vencida de éste se ve.
 ¿Hay hombre en naturaleza
 como Fernán Gómez?
 PASCUALA:
 No; que parece que le dio
 de una tigre la aspereza.

Sale JACINTA

JACINTA: Dadme socorro, por
 Dios, si la amistad os obliga.
 LAURENCIA: ¿Qué es esto, Jacinta amiga?
 PASCUALA: Tuyas lo somos las dos.
 JACINTA: Del comendador criados,
 que van a Ciudad Real,
 más de infamia natural
 que de noble acero armados,
 me quieren llevar a él.
 LAURENCIA: Pues, Jacinta, Dios te
 libre; que cuando contigo es libre,
 conmigo será crüel.

Vase LAURENCIA

PASCUALA: Jacinta, yo no soy
 hombre que te pueda defender.

Vase PASCUALA

MENGO: Yo sí lo tengo de
 ser, porque tengo el ser y el nombre.
 Llégate, Jacinta, a mí.
 JACINTA: ¿Tienes armas?
 MENGO: Las
 primeras del mundo.
 JACINTA: ¡Oh, si las tuvieras!
 MENGO: Piedras hay, Jacinta, aquí.

Salen FLORES y ORTUÑO

FLORES: ¿Por los pies pensabas irte?
 JACINTA: ¡Mengo, muerta soy!
 MENGO: Señores. ¿A estos pobres labradores?...
 ORTUÑO: Pues, ¿tú quieres persuadirte a defender la mujer?
 MENGO: Con los ruegos la defiende; que soy su deudo y pretendo guardarla, si puede ser.
 FLORES: Quitadle luego la vida.
 MENGO: ¡Voto al sol, si me emberrincho, el cáñamo me descincho, que la llevéis bien vendida!

Salen el COMENDADOR y CIMBRANOS

COMENDADOR: ¿Qué es eso? ¿A cosas tan viles me habéis de hacer apear?
 FLORES: Gente de este vil lugar, que ya es razón que aniquiles, pues en nada te da gusto, a nuestras armas se atreve.
 MENGO: Señor, si piedad os mueve de suceso tan injusto, castigad estos soldados, que con vuestro nombre agora roban una labradora a esposo y padres honrados; y dadme licencia a mí que se la pueda llevar.
 COMENDADOR: Licencia les quiero dar... para vengarse de ti. Suelta la honda.
 MENGO: Señor!
 COMENDADOR: Flores, Ortuño, Cimbranos con ella le atad las manos.
 MENGO: ¿Así volvéis por su honor?
 COMENDADOR: ¿Qué piensan Fuenteovejuna villanos de mí?
 MENGO: Señor, ¿en qué os ofendí, ni el pueblo en cosa ninguna?
 FLORES: ¿Ha de morir?
 COMENDADOR: No ensuciéis las armas, que habéis de honrar en otro mejor lugar.
 ORTUÑO: ¿Qué mandas?
 COMENDADOR: Que lo azotéis. Llevadle, y en ese roble le atad y le desnudad, y con las riendas...

MENGO:

¡Piedad! ¡Piedad, pues sois hombre noble!

COMENDADOR: Azotadle hasta que
salten los hierros de las correas.

MENGO: ¡Cielos! ¿A hazañas tan
feas queréis que castigos falten?

Vanse MENGO, FLORES y ORTUÑO

COMENDADOR: Tú, villana, ¿por qué huyes?
¿Es mejor un labrador
que un hombre de mi valor?

JACINTA: ¡Harto bien me
restituyes el honor que me han quitado
en llevarme para ti!

COMENDADOR: ¿En quererte llevar?

JACINTA: Sí;
porque tengo un padre honrado,
que si en alto nacimiento
no te iguala, en las costumbres
te vence.

COMENDADOR: Las pesadumbres
y el villano atrevimiento
no tiemplan bien un airado.
Tira por ahí.

JACINTA: ¿Con quién?

COMENDADOR: Conmigo.

JACINTA: Míralo bien.

COMENDADOR: Para tu mal lo he mirado.
Ya no mía, del bagaje
del ejército has de ser.

JACINTA: No tiene el mundo
poder para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR: ¡Ea, villana, camina!

JACINTA: ¡Piedad, señor!

COMENDADOR: No hay
piedad. JACINTA: Apelo de tu crueldad
a la justicia divina.

***Llévanla y vanse. Salen LAURENCIA y
FRONDOSO***

LAURENCIA: ¿Cómo así a venir te
atreves, sin temer tu daño.

FRONDOSO: Ha
sido dar testimonio cumplido
de la afición que me debes.
Desde aquel recuesto vi
salir al comendador,
y fiado en tu valor

todo mi temor perdí.
 Vaya donde no le vean
 volver.

LAURENCIA: Tente en
 maldecir, porque suele más vivir
 al que la muerte desean.

FRONDOSO: Si es eso, viva mil
 años, y así se hará todo bien
 pues deseándole bien,
 estarán ciertos sus daños.

Laurencia, deseo saber
 si vive en ti mi cuidado,
 y si mi lealtad ha hallado
 el puerto de merecer.

Mira que toda la villa
 ya para en uno nos tiene;
 y de cómo a ser no viene
 la villa se maravilla.

Los desdeñosos extremos
 deja, y responde "no" o "sí."

LAURENCIA: Pues a la villa y a ti
 respondo que lo seremos.

FRONDOSO: Deja que tus plantas
 bese Por la merced recibida,
 pues el cobrar nueva vida
 por ella es bien que confiese.

LAURENCIA: De cumplimientos
 acorta; y para que mejor cuadre,
 habla, Frondoso, a mi padre,
 pues es lo que más importa,
 que allí viene con mi tío;
 y fía que ha de tener
 ser, Frondoso, tu mujer
 buen suceso.

FRONDOSO: En Dios
 confío.

**Escóndese LAURENCIA. Salen ESTEBAN,
 alcalde, y el REGIDOR**

ESTEBAN: Fue su término de
 modo, que la plaza alborotó.
 En efecto, procedió
 muy descomedido en todo.
 No hay a quien admiración
 sus demasías no den;
 la pobre Jacinta es quien
 pierde por su sinrazón.

REGIDOR: Ya a los católicos
 reyes, que este nombre les dan ya,
 presto España les dará
 la obediencia de sus leyes.

Ya sobre Ciudad Real,
 contra el Girón que la tiene,
 Santiago a caballo viene
 por capitán general.

Pésame; que era Jacinta
 doncella de buena pro.

ESTEBAN: Luego a Mengo le azotó.

REGIDOR: No hay negra bayeta o
 tinta como sus carnes están.

ESTEBAN: Callad; que me siento arder
 viendo su mal proceder
 y el mal nombre que le dan.
 Yo, ¿para qué traigo aquí
 este palo sin provecho?

REGIDOR: Si sus criados lo han hecho
 ¿de qué os afligís así?

ESTEBAN: ¿Queréis más? Que me
 contaron que a la de Pedro Redondo
 un día, que en lo más hondo
 de este valle la encontraron,
 después de sus insolencias,
 a sus criados la dio.

REGIDOR: Aquí hay gente. ¿Quién
 es? FRONDOSO:
 Yo, que espero vuestras licencias.

ESTEBAN: Para mi casa, Frondoso,
 licencia no es menester;
 debes a tu padre el ser
 y a mí otro ser amoroso.
 Hete criado, y te quiero
 como a hijo.

FRONDOSO: Pues señor,
 fiado en aqueese amor,
 de ti una merced espero.
 Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN: ¿Hate agraviado ese
 loco de Fernán Gómez?

FRONDOSO: No poco.

ESTEBAN: El corazón me lo dijo.

FRONDOSO: Pues señor, con el
 seguro del amor que habéis mostrado,
 de Laurencia enamorado,
 el ser su esposo procuro.
 Perdona si en el pedir
 mi lengua se ha adelantado;
 que he sido en decirlo osado,
 como otro lo ha de decir.

ESTEBAN: Vienes, Frondoso, a ocasión
 que me alargarás la vida,
 por la cosa más temida
 que siente mi corazón.
 Agradezco, hijo, al cielo
 que así vuelvas por mi honor
 y agrádzco a tu amor
 la limpieza de tu celo.
 Mas como es justo, es razón
 dar cuenta a tu padre de esto,
 sólo digo que estoy presto,
 en sabiendo su intención;
 que yo dichoso me hallo
 en que aqueso llegue a ser.

REGIDOR: De la moza el
 parecer tomad antes de acetallo.

ESTEBAN: No tengáis de eso
 cuidado,

que ya el caso está dispuesto.
 Antes de venir a esto,
 entre ellos se ha concertado.
 En el dote, si advertís,
 se puede agora tratar;
 que por bien os pienso dar
 algunos maravedís.

FRONDOSO: Yo dote no he
 menesterde eso no hay que entristeceros.

REGIDOR: Pues que no la pide en
 cueros lo podéis agradecer.

ESTEBAN: Tomaré el parecer de
 ella; si os parece, será bien.

FRONDOSO: Justo es; que no hace bien
 quien los gustos atropella.

ESTEBAN: ¡Hija! ¡Laurencia!...

LAURENCIA:
 ¿Señor? ESTEBAN: Mirad si digo
 bien yo. ¡Ved qué presto respondió!

Hija Laurencia, mi amor
 a preguntarte ha venido
 --apártate aquí-- si es bien
 que a Gila, tu amiga, den
 a Frondoso por marido,
 que es un honrado zagal,
 si le hay en Fuenteovejuna...

LAURENCIA: ¿Gila se casa?

ESTEBAN: Y si
 alguna le merece y es su igual...

LAURENCIA: Yo digo, señor, que sí.

ESTEBAN: Sí; mas yo digo que es fea
 y que harto mejor se emplea
 Frondoso, Laurencia en ti.

LAURENCIA: ¿Aún no se te han
 olvidado los donaires con la edad?

ESTEBAN: ¿Quiéresle tú?

LAURENCIA: Voluntad
 le he tenido y le he cobrado;
 pero por lo que tú sabes...

ESTEBAN: ¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA: Dilo tú, señor, por mí.

ESTEBAN: ¿Yo? Pues tengo yo las llaves.
 Hecho está. Ven, buscaremos
 a mi compadre en la plaza.

REGIDOR: Vamos.

ESTEBAN: Hijo, y en la
 traza del dote, ¿qué le diremos?
 Que yo bien te puedo dar
 cuatro mil maravedís.

FRONDOSO: Señor, ¿eso me
 decís? Mi honor queréis agraviar.

ESTEBAN: Anda, hijo; que eso
 es cosa que pasa en un día;
 que si no hay dote, a fe mía,
 que se echa menos después.

Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA

LAURENCIA: Di, Frondoso. ¿Estás
 contento? FRONDOSO: ¡Cómo si lo estoy!
 ¡Es poco, pues que no me vuelvo loco
 de gozo, del bien que siento!
 Risa vierte el corazón
 por los ojos de alegría
 viéndote, Laurencia mía,
 en tan dulce posesión.

Vanse. Salen el MAESTRE, el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO

COMENDADOR: Huye, señor, que no hay otro
 remedio. MAESTRE: La flaqueza del muro lo ha
 causado, y el poderoso ejército enemigo.
 COMENDADOR: Sangre les cuesta e infinitas vidas.
 MAESTRE: Y no se alabarán que en sus despojos
 pondrán nuestro pendón de Calatrava,
 que a honrar su empresa y los demás bastaba.
 COMENDADOR: Tus designios, Girón, quedan
 perdidos. MAESTRE: ¿Qué puedo hacer, si la fortuna
 ciega a quien hoy levantó, mañana humilla?

Dentro

VOCES: ¡Victoria por los reyes de
 Castilla! MAESTRE: Ya coronan de luces
 las almenas, las ventanas de las torres altas
 entoldan con pendones victoriosos.
 COMENDADOR: Bien pudieran, de sangre que les cuesta.
 A fe que es más tragedia que no fiesta.
 MAESTRE: Yo vuelvo a Calatrava, Fernán Gómez.
 COMENDADOR: Y yo a Fuenteovejuna, mientras
 tratas o seguir esta parte de tus deudos,
 o reducir la tuya al rey católico.
 MAESTRE: Yo te diré por cartas lo que
 intento. COMENDADOR: El tiempo ha de
 enseñarte. MAESTRE:
 Ah, pocos sujetos al rigor de sus engaños!

**Vanse. Sale la boda, MÚSICOS, MENGO,
 FRONDOSO, LAURENCIA, PASCUALA, BARRILDO, ESTEBAN y alcalde JUAN
 ROJO. Cantan**

MUSICOS: "¡Vivan muchos
años los desposados!
¡Vivan muchos años!"

MENGO: A fe que no os ha
costado mucho trabajo el cantar.

BARRILDO: Supiéraslo tú
trovar mejor que él está trovado.

FRONDOSO: Mejor entiende de
azotes Mengo que de versos ya.

MENGO: Alguno en el valle
está, para que no te alborotes,
a quien el Comendador...

BARRILDO: No lo digas, por tu vida;
que este bárbaro homicida
a todos quita el honor.

MENGO: Que me azotasen
a mí cien soldados aquel día...
sola una honda tenía
[y así una copla escribí;]
pero que le hayan echado
una melecina a un hombre,
que aunque no diré su nombre
todos saben que es honrado,
llena de tinta y de chinas
¿cómo se puede sufrir?

BARRILDO: Haríalo por reír.

MENGO: No hay risa con melecinas;
que aunque es cosa saludable...
yo me quiero morir luego.

FRONDOSO: Vaya la copla, te
ruego, si es la copla razonable.

MENGO: "Vivan muchos años juntos
los novios, ruego a los cielos,
y por envidia ni celos
ni riñan ni anden en puntos.
Llevan a entrambos difuntos,
de puro vivir cansados.
¡Vivan muchos años!"

FRONDOSO: ¡Maldiga el cielo el
poeta, que tal coplón arrojó!

BARRILDO: Fue muy presto.

MENGO:

Pienso ya una cosa de esta seta.

¿No habéis visto un buñolero
en el aceite abrasando
pedazos de masa echando
hasta llenarse el caldero?

¿Que unos le salen hinchados,
otros tuertos y mal hechos,
ya zurdos y ya derechos,
ya fritos y ya quemados?

Pues así imagino yo
un poeta componiendo,

la materia previniendo,
que es quien la masa le dio.

Va arrojando verso aprisa
al caldero del papel,
confiado en que la miel
cubrirá la burla y risa.

Mas poniéndolo en el pecho,
apenas hay quien los tome;
tanto que sólo los come
el mismo que los ha hecho.

BARRILDO: Déjate ya de locuras;
deja los novios hablar.

LAURENCIA: Las manos nos da a
besar. JUAN ROJO: Hija, ¿mi mano
procuras? Pídelas a tu padre luego
para ti y para Frondoso.

ESTEBAN: Rojo, a ella y a su
esposo que se la dé el cielo ruego,
con su larga bendición.

FRONDOSO: Los dos a los dos la echad.

JUAN ROJO: Ea, tañed y cantad,
pues que para en uno son.

Cantan

MUSICOS: "Al val de
Fuenteovejuna en cabellos baja;
el caballero la sigue
de la cruz de Calatrava.
Entre las ramas se esconde,
de vergonzosa y turbada;
fingiendo que no le ha visto,
pone delante las ramas.
--¿Para qué te escondes,
niña gallarda?
Que mis linceos deseos
paredes pasan.--
Acercóse el caballero,
y ella, confusa y turbada,
hacer quiso celosías
de las intrincadas ramas;
mas como quien tiene amor
los mares y las montañas
atraviesa fácilmente,
la dice tales palabras:
--¿Para qué te escondes,
niña gallarda?
Que mis linceos deseos
paredes pasan--."

**Sale el COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO y
CIMBRANOS**

COMENDADOR: Estése la boda
 queda y no se alborote nadie.

JUAN ROJO: No es juego aqueste,
 señor, y basta que tú lo mandes.
 ¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes
 con tu belicoso alarde?
 ¿Venciste? Mas, ¿qué pregunto?

FRONDOSO: ¡Muerto soy! ¡Cielos, libradme!

LAURENCIA: Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR: Eso no; prendedle, atadle.

JUAN ROJO: Date, muchacho, a prisión.

FRONDOSO: Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO: ¿Por qué?

COMENDADOR: No soy hombre yo
 que mato sin culpa a nadie;
 que si lo fuera, le hubieran
 pasado de parte a parte
 esos soldados que traigo.
 Llevarlo mando a la cárcel,
 donde la culpa que tiene
 sentencie su mismo padre.

PASCUALA: Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR: ¿Qué me obliga que se
 case? ¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA: Si os ofendió, perdonadle,
 por ser vos quien sois.

COMENDADOR: No
 es cosa, Pascuala, en que yo soy parte.
 Es esto contra el maestro
 Téllez Girón, que Dios guarde;
 es contra toda su orden,
 es su honor, y es importante
 para el ejemplo, el castigo;
 que habrá otro día quien trate
 de alzar pendón contra él,
 pues ya sabéis que una tarde
 al comendador mayor,
 --¡qué vasallos tan leales!--
 puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN: Supuesto que el
 disculpable puede tocar a un suegro,
 no es mucho que en causas tales
 se descomponga con vos
 un hombre, en efecto, amante;
 porque si vos pretendéis
 su propia mujer quitarle,
 ¿qué mucho que la defienda?

COMENDADOR: Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN: Por vuestra virtud,
 señor,...

COMENDADOR: Nunca yo
 quise quitarle mujer, pues no lo era.

ESTEBAN: Sí quisistes... Y esto
 baste; que reyes hay en Castilla,
 que nuevas órdenes hacen,
 con que desórdenes quitan.
 Y harán mal, cuando descansen
 de las guerras, en sufrir

en sus villas y lugares
 a hombres tan poderosos
 por traer cruces tan grandes;
 póngasela el rey al pecho,
 que para pechos reales
 es esa insignia y no más.

COMENDADOR: ¡Hola!, la vara quitadle.

ESTEBAN: Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR: Pues con ella quiero darle
 como a caballo brío.

ESTEBAN: Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA: ¿A un viejo de palos das?

LAURENCIA: Si le das porque es mi
 padre, ¿qué vengas en él de mí?

COMENDADOR: Llevadla, y haced que
 guarden su persona diez soldados.

Vase el COMENDADOR y los suyos

ESTEBAN: Justicia del cielo
 baje.

Vase

PASCUALA: Volvióse en luto la
 boda.

Vase

BARRILDO: ¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO: Yo tengo ya mis azotes,
 que aún se ven los cardenales
 sin que un hombre vaya a Roma.
 Prueben otros a enojarle.

JUAN ROJO: hablemos todos.

MENGO: Señores,
 aquí todo el mundo calle.
 Como ruedas de salmón
 me puso los atabales.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

y echándose a sus pies pidan remedio.
 BARRILDO: En tanto que Fernando, aquél que
 humilla a tantos enemigos, otro medio
 será mejor, pues no podrá, ocupado
 hacernos bien, con tanta guerra en medio.
 REGIDOR: Si mi voto de vos fuera escuchado,
 desamparar la villa doy por voto.
 JUAN ROJO: ¿Cómo es posible en tiempo
 limitado? MENGÓ: A la fe, que si entiende el
 alboroto, que ha de costar la junta alguna vida.
 REGIDOR: Ya, todo el árbol de paciencia
 roto, corre la nave de temor perdida.
 La hija quitan con tan gran fiereza
 a un hombre honrado, de quien es regida
 la patria en que vivís, y en la cabeza
 la vara quiebran tan injustamente.
 ¿Qué esclavo se trató con más bajeza?
 JUAN ROJO: ¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo
 intente? REGIDOR: Morir, o dar la muerte a los tiranos,
 pues somos muchos, y ellos poca gente.
 BARRILDO: ¡Contra el señor las armas en las
 manos! ESTEBAN: El rey sólo es señor después
 del cielo, y no bárbaros hombres inhumanos.
 Si Dios ayuda nuestro justo celo,
 ¿qué nos ha de costar?
 MENGÓ:
 Mirad, señores, en estas cosas con recelo.
 Puesto que por los simples labradores
 estoy aquí que más injurias pasan,
 más cuerdo represento sus temores.
 JUAN ROJO: Si nuestras desventuras se compasan,
 para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
 Las casas y las viñas nos abrasan,
 ¡tiranos son! ¡A la venganza vamos!

Sale LAURENCIA, desmelenada

LAURENCIA: Dejadme entrar, que bien
 puedo, en consejo de los hombres;
 que bien puede una mujer,
 si no a dar voto, a dar voces.
 ¿Conocéisme?
 ESTEBAN:
 ¡Santo cielo! No es mi hija?
 JUAN ROJO: ¿No
 conoces a Laurencia?
 LAURENCIA: Vengo tal,
 que mi diferencia os pone
 en contingencia quién soy.
 ESTEBAN: ¡Hija mía!
 LAURENCIA: No me
 nombres tu hija.
 ESTEBAN: ¿Por qué, mis
 ojos? ¿Por qué?
 LAURENCIA: Por muchas
 razones,

y sean las principales:
 porque dejas que me roben
 tiranos sin que me vengues,
 traidores sin que me cobres.
 Aún no era yo de Frondoso,
 para que digas que tome,
 como marido, venganza;
 que aquí por tu cuenta corre;
 que en tanto que de las bodas
 no haya llegado la noche,
 del padre, y no del marido,
 la obligación presupone;
 que en tanto que no me entregan
 una joya, aunque la compren,
 no ha de correr por mi cuenta
 las guardas ni los ladrones.
 Llévome de vuestros ojos
 a su casa Fernán Gómez;
 la oveja al lobo dejáis
 como cobardes pastores.
 ¿Qué dagas no vi en mi pecho?
 ¿Qué desatinos enormes,
 qué palabras, qué amenazas,
 y qué delitos atroces,
 por rendir mi castidad
 a sus apetitos torpes?
 Mis cabellos ¿no lo dicen?
 ¿No se ven aquí los golpes
 de la sangre y las señales?
 ¿Vosotros sois hombres nobles?
 ¿Vosotros padres y deudos?
 ¿Vosotros, que no se os rompen
 las entrañas de dolor,
 de verme en tantos dolores?
 Ovejas sois, bien lo dice
 de Fuenteovejuna el hombre.
 Dadme unas armas a mí
 pues sois piedras, pues sois tigres...
 --Tigres no, porque feroces
 siguen quien roba sus hijos,
 matando los cazadores
 antes que entren por el mar
 y pos sus ondas se arrojen.
 Liebres cobardes nacistes;
 bárbaros sois, no españoles.
 Gallinas, ¡vuestras mujeres
 sufrís que otros hombres gocen!
 Poneos rucas en la cinta.
 ¿Para qué os ceñís estoques?
 ¡Vive Dios, que he de trazar
 que solas mujeres cobren
 la honra de estos tiranos,
 la sangre de estos traidores,
 y que os han de tirar piedras,
 hilanderas, maricones,
 amujerados, cobardes,
 y que mañana os adornen
 nuestras tocas y basquiñas,
 solimanes y colores!
 A Frondoso quiere ya,

sin sentencia, sin pregones,
colgar el comendador
del almena de una torre;
de todos hará lo mismo;
y yo me huelgo, medio-hombres,
por que quede sin mujeres
esta villa honrada, y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.

ESTEBAN: Yo, hija, no soy de
aquellos que permiten que los nombres
con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO: Y yo, por más que me
asombre la grandeza del contrario.

REGIDOR: ¡Muramos todos!

BARRILDO:
Descoge un lienzo al viento en un palo,
y mueran estos enormes.

JUAN ROJO: ¿Qué orden pensáis
tener? MENGGO: Ir a matarle sin
orden. Juntad el pueblo a una voz;
que todos están conformes
en que los tiranos mueran.

ESTEBAN: Tomad espadas,
lanzones, ballestas, chuzos y palos.

MENGO: ¡Los reyes nuestros
señores vivan!

TODOS: ¡Vivan muchos años!

MENGO: ¡Mueran tiranos traidores!

TODOS: ¡Tiranos traidores, mueran!

Vanse todos

LAURENCIA: Caminad, que el cielo os
oye. ¡Ah, mujeres de la villa!
¡Acudid, por que se cobre
vuestro honor, acudid, todas!

Salen PASCUALA, JACINTA y otras mujeres

PASCUALA: ¿Qué es esto? ¿De qué das
voces? LAURENCIA: ¿No veis cómo todos van
a matar a Fernán Gómez,
y nombres, mozos y muchachos
furiosos al hecho corren?
¿Será bien que solos ellos
de esta hazaña el honor gocen?
Pues no son de las mujeres

de la encomienda!
 FLORES: El pueblo
 junto viene.

Dentro

JUAN ROJO: ¡Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa!
 ORTUNO: Un popular motín mal se detiene.
 COMENDADOR: ¿El pueblo contra mí?
 FLORES: La furia: pasa
 tan adelante, que las puertas tiene
 echadas por la tierra.
 COMENDADOR:
 Desatad el templo, Frondoso, ese villano alcalde.
 FRONDOSO: Yo voy, señor; que amor les ha
 movido.

Vase FRONDOSO. Dentro

MENGO: ¡Vivan Fernando e Isabel, y
 mueran los traidores!
 FLORES: Señor, por
 Dios te pido que no te hallen aquí.
 COMENDADOR: Se
 persevera en este aposento es fuerte y defendido.
 Ellos se volverán.
 FLORES: Cuando
 se alteran los pueblos agraviados, y resuelven,
 nunca sin sangre o sin venganza vuelven.
 COMENDADOR: En esta puerta, así como
 rastrillo su furor con las armas defendamos.

Dentro

FRONDOSO: ¡Viva Fuenteovejuna!
 COMENDADOR: ¡Qué
 caudillo! Estoy por que a su furia acometamos.
 FLORES: De la tuya, señor, me maravillo.
 ESTEBAN: Ya el tirano y los cómplices
 miramos. ¡Fuenteovejuna, y los tiranos mueran!

Salen todos

COMENDADOR: Pueblo, esperad.
 TODOS: Agravios nunca
 esperan. COMENDADOR: Decídmelos a mí, que
 iré pagandé de caballero esos errores.
 TODOS: ¡Fuenteovejuna! ¡Viva el rey
 Fernando! Mueran malos cristianos y traidores!
 COMENDADOR: ¿No me queréis oír? Yo estoy
 hablando yo soy vuestro señor.
 TODOS: Nuestros señores reyes católicos.
 COMENDADOR: Espera.
 TODOS: ¡Fuenteovejuna, y Fernán Gómez
 muera!

Vanse y salen las mujeres armadas

LAURENCIA: Parad en este puesto de
 esperanza soldados atrevidos, no mujeres.
 PASCUALA: ¿Los que mujeres son en las
 venganzas, en él beban su sangre, es bien que esperes?
 JACINTA: Su cuerpo recojamos en las lanzas.
 PASCUALA: Todas son de esos mismos pareceres.

Dentro

ESTEBAN: ¡Muere, traidor
 comendador!

Dentro

COMENDADOR: Ya
 muero. ¡Piedad, Señor, que en tu clemencia espero!

Dentro

BARRILDO: Aquí está
 Flores.

Dentro

MENGO: Dale a
ese bellaco, ese fue el que me dio dos mil azotes.

Dentro

FRONDOSO: No me vengo si el alma no le
saco. LAURENCIA: No excusamos entrar.
PASCUALA: No te
alborotes Bien es guardar la puerta.

Dentro

BARRILDO: No
me aplaco. Con lágrimas agora, marquesotes?
LAURENCIA: Pascuala, yo entro dentro; que la
espada no ha de estar tan sujeta ni envainada.

Vase LAURENCIA. Dentro

BARRILDO: Aquí está
Ortuño.

Dentro

FRONDOSO:
Córtale la cara.

Sale FLORES huyendo, y MENGO tras él

FLORES: ¡Mengo, piedad, que no soy yo el
culpado! MENGO: Cuando ser alcahuete no
bastara, bastaba haberme el pícaro azotado.
PASCUALA: Dánoslo a las mujeres, Mengo,
para... Acaba, por tu vida.

MENGO: Ya
 está dado que no le quiero yo mayor castigo.
 PASCUALA: Vengaré tus azotes.
 MENGO: Eso digo.
 JACINTA: ¡Ea, muera el traidor!
 FLORES: ¿Entre
 mujeres? JACINTA: ¿No le viene muy
 ancho? PASCUALA:
 ¿A queso lloras? JACINTA: Muere,
 concertador de sus placeres. LAURENCIA: ¡Ea,
 muera el traidor!
 FLORES: ¡Piedad,
 señoras!

Sale ORTUÑO huyendo de LAURENCIA

ORTUÑO: Mira que no soy yo...
 LAURENCIA: Ya sé
 quién eres. Entrad, teñid las armas vencedoras
 en estos viles.
 PASCUALA: Moriré matando.
 TODAS: ¡Fuenteovejuna, y viva el rey
 Fernando!

**Vanse. Salen el REY don Fernando y la reina
 ISABEL, y don MANRIQUE, maestro**

MANRIQUE: De modo la
 prevención fue, que el efeto esperado
 llegamos a ver logrado
 con poca contradicción.
 Hubo poca resistencia;
 y supuesto que la hubiera
 sin duda ninguna fuera
 de poca o ninguna esencia.
 Queda el de Cabra ocupado
 en conservación del puesto,
 por si volviere dispuesto
 a él el contrario osado.
 REY: Discreto el acuerdo
 fue, y que asista en conveniente,
 y reformando la gente,
 el paso tomado esté.
 Que con eso se asegura
 no poder hacernos mal
 Alfonso, que en Portugal
 tomar la fuerza procura.
 Y si de Cabra es bien que esté
 en ese sitio asistente,
 y como tan diligente
 muestras de su valor dé;
 porque con esto asegura
 el daño que nos recela,

y como fiel centinela
el bien del reino procura.

Sale FLORES, herido

FLORES: Católico rey Fernando,
a quien el cielo concede
la corona de Castilla,
como a varón excelente:
oye la mayor crueldad
que se ha visto entre las gentes
desde donde nace el sol
hasta donde se oscurece.

REY: Repórtate.

FLORES: Rey
supremo, mis heridas no consienten
dilatarse el triste caso,
por ser mi vida tan breve.
De Fuenteovejuna vengo,
donde, con pecho inclemente,
los vecinos de la villa
a su señor dieron muerte,
Muerto Fernán Gómez queda
por sus súbditos aleves;
que vasallos indignados
con leve cause se atreven.
En título de tirano
le acumula todo el plebe,
y a la fuerza de esta voz
el hecho fiero acometen;
y quebrantando su casa,
no atendiendo a que se ofrece
por la fe de caballero
a que pagará a quien debe,
no sólo no le escucharon,
pero con furia impaciente
rompen el cruzado pecho
con mil heridas crüeles,
y por las altas ventanas
le hacen que al suelo vuele,
adonde en picas y espadas
le recogen las mujeres.
Llévanle a una casa muerta
y a porfía, quien más puede
mesa su barba u cabello
y apriesa su rostro hieren.
En efecto fue la furia
tan grande que en ellos crece,
que las mayores tajadas
las orejas a ser vienen.
Sus armas borran con picas
y a voces dicen que quieren
tus reales armas fijar,
porque aquéllas le ofenden.
Saquéáronle la casa,

cual si de enemigos fuese,
 y gozosos entre todos
 han repartido sus bienes.
 Lo dicho he visto escondido,
 porque mi infelice suerte
 en tal trance no permite
 que mi vida se perdiese;
 y así estuve todo el día
 hasta que la noche viene,
 y salir pude escondido
 para que cuenta te diese.
 Haz, señor, pues eres justo
 que la justa pena lleven
 de tan riguroso caso
 los bárbaros delincuentes;
 mira que su sangre a voces
 pide que tu rigor prueben.

REY: Estar puedes confiado
 que sin castigo no queden.
 El triste suceso ha sido
 tal, que admirado me tiene,
 y que vaya luego un juez
 que lo averigüe conviene
 y castigue los culpados
 para ejemplo de las gentes.
 Vaya un capitán con él
 por que seguridad lleve;
 que tan grande atrevimiento
 castigo ejemplar requiere;
 y curad a ese soldado
 de las heridas que tiene.

***Vanse todos. Salen los labradores y las labradoras
 con la cabeza de FERNÁN GÓMEZ en una lanza.
 Cantan***

MUSICOS: "¡Muchos años vivan
 Isabel y Fernando,
 y mueran los tiranos!"

BARRILDO: Diga su copla
 Frondoso. FRONDOSO: Ya va mi
 copla, a la vida, faltare algún pie,
 enmiéndelos el más curioso.

 "¡Vivan la bella Isabel,
 y Fernando de Aragón,
 pues que para en uno son,
 él con ella, ella con él!
 A los cielos San Miguel
 lleve a los dos de las manos.
 ¡Vivan muchos años,

y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga
Barrildo. BARRILDO:
Ya va; que a fe que la he pensado.
PASCUALA: Si la dices con cuidado,
buena y rebuena será.

BARRILDO: "¡Vivan los reyes
famosos muchos años, pues que tienen
la victoria, y a ser vienen
nuestros dueños venturosos!
Salgan siempre victoriosos
de gigantes y de enanos
y ¡mueran los tiranos!"

Cantan

MUSICOS: "Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga Mengo.
FRONDOSO: Mengo
diga. MENGO: Yo soy poeta
donado. PASCUALA: Mejor dirás
lastimado el envés de la barriga.

MENGO: "Una mañana en
domingo me mandó azotar aquél,
de manera que el rabel
daba espantoso respingo;
pero agora que los pringo
¡vivan los reyes cristiánigos,
y mueran los tiránigos!"

MUSICOS: "¡Vivan muchos
años! Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!"

ESTEBAN: Quita la cabeza allá.
MENGO: Cara tiene de ahorcado.

Saca un escudo JUAN ROJO con las armas reales

REGIDOR: Ya las armas han llegado
 ESTEBAN: Mostrad las armas acá.
 JUAN ROJO: ¿Adónde se han de
 poner? REGIDOR: Aquí, en el
 ayuntamiento. ESTEBAN:
 ¡Bravo escudo!
 BARRILDO: ¡Qué contento!
 FRONDOSO: Con este sal comienza el amanecer,
 ESTEBAN: ¡Vivan Castilla y
 León, y las barras de Aragón,
 y muera la tiranía!
 Advertid, Fuenteovejuna,
 a las palabras de un viejo;
 que el admitir su consejo
 no ha dañado vez ninguna.
 Los reyes han de querer
 averiguar este caso,
 y más tan cerca del paso
 y jornada que han de hacer.
 Concertaos todos a una
 en lo que habéis de decir.
 FRONDOSO: ¿Qué es tu
 consejo? ESTEBAN:
 Morir diciendo "Fuenteovejuna,"
 y a nadie saquen de aquí.
 FRONDOSO: Es el camino derecho.
 Fuenteovejuna lo ha hecho.
 ESTEBAN: ¿Queréis responder así?
 TODOS:
 Sí. ESTEBAN: Agora pues, yo
 quiero se agora el pesquisidor,
 para ensayarnos mejor
 en lo que habemos de hacer.
 Sea Mengo el que esté puesto
 en el tormento.
 MENGO: ¿No
 hallaste otro más flaco?
 ESTEBAN:
 ¿Pensaste que era de veras?
 MENGO: Di presto.
 ESTEBAN: ¿Quién mató al
 comendador? MENGO: Fuenteovejuna
 lo hizo. ESTEBAN: Perro, ¿si te
 martirizo? MENGO: Aunque me
 matéis, señor. ESTEBAN: Confiesa,
 ladrón.
 MENGO:
 Confieso. ESTEBAN: Pues,
 ¿quién fue?
 MENGO:
 Fuenteovejuna. ESTEBAN: Dadle otra
 vuelta.
 MENGO: ¡Es
 ninguna! ESTEBAN: ¡Cagajón para el
 Sale el REGIDOR

REGIDOR: ¿Qué hacéis de esta suerte
aquí? FRONDOSO: ¿Qué ha sucedido,
Cuadrado? REGIDOR Pesquisidor ha
llegado.
ESTEBAN: Echad todos por ahí.
REGIDOR: Con él viene un capitán.
ESTEBAN: No que responde a él! Ya sabéis
REGIDOR: El pueblo prendiendo
van, sin dejar alma ninguna.
ESTEBAN: Que no hay que tener
temor. ¿Quién mató al comendador,
Mengo?
MENGO: ¿Quién?
Fuenteovejuna.

Vanse. Salen el MAESTRE y un SOLDADO

MAESTRE: ¡Que tal caso ha
sucedido! Infelice fue su suerte.
Estoy por darte la muerte
por la nueva que has traído.
SOLDADO: Yo, señor, soy mensajero,
y enojarte no es mi intento.
MAESTRE: ¡Que a tal tuvo
atrevimiento el pueblo enojado y fiero!
Iré con quinientos hombres
y la villa he de asolar;
en ella no ha de quedar
ni aun memoria de los nombres.
SOLDADO: Señor, tu enojo
reporta; porque ellos al rey se han dado,
y no tener enojado
al rey es lo que te importa.
MAESTRE: ¿Cómo al rey se pueden
dar, si de la encomienda son?
SOLDADO: Con él, sobre esa
razón, podrás luego pleitear.
MAESTRE: Por pleito, ¿cuándo
salió lo que él le entregó en sus manos?
Son señores soberanos,
y tal reconozco yo.
Por saber que al rey se han dado
se reportará mi enojo,
y ver su presencia escojo
por lo más bien acertado;
que puesto que tenga culpa
en casos de gravedad,
en todo mi poca edad
viene a ser quien me disculpa.
Con vergüenza voy; mas es
honor quien puede obligarme,
e importa no descuidarme
en tan honrado interés.

Vanse. Sale LAURENCIA sola

LAURENCIA: Amando, recelar daño en lo
amado nueva pena de amor se considera;
que quien en lo que ama daño espera
aumenta en el temor nuevo cuidado.
El firme pensamiento desvelado,
si le aflige el temor, fácil se altera;
que no es a firme fe pena ligera
ver llevar el temor el bien robado.
Mi esposo adoro; la ocasión que veo
al temor de su daño me condena,
si no le ayuda la felice suerte.
Al bien suyo se inclina mi deseo:
si está presenta, está cierta mi pena;
si está en ausencia, está cierta mi muerte.

Sale FRONDOSO

FRONDOSO: ¡Mi Laurencia!
LAURENCIA: ¡Esposo
amado! ¿Cómo a estar aquí te atreves?
FRONDOSO: Esas resistencias
debes a mi amoroso cuidado.
LAURENCIA: Mi bien, procura guardarte,
porque tu daño recelo.
FRONDOSO: No quiera, Laurencia, el
cielo que tal llegue a disgustarte.
LAURENCIA: ¿No temes ver el
rigor que por los demás sucede,
y el furor con que procede
aqueste pesquisidor?
Procura guardar la vida.
Huye, tu daño no esperes.
FRONDOSO: ¿Cómo que procure quieres
cosa tan mal recibida?
¿Es bien que los demás deje
en el peligro presente
y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje;
porque no es puesto en razón
que por evitar mi daño
sea con mi sangre extraño
en tan terrible ocasión.

Voces dentro

Voces parece que he oído,
y son, si yo mal no siento,
de alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

Dice dentro el JUEZ y responden

JUEZ: Decid la verdad, buen viejo.
FRONDOSO: Un viejo, Laurencia mía,
atormentan.
LAURENCIA: ¡Qué
porfía! ESTEBAN: Déjenme un
poco. JUEZ:
Ya os dejo. Decid: ¿quién mató a Fernando?
ESTEBAN: Fuenteovejuna lo hizo.
LAURENCIA: Tu nombre, padre, eternizo;
[a todos vas animando].
FRONDOSO: ¡Bravo caso!
JUEZ: Ese
muchachaprieta. Perro, yo sé
que lo sabes. Di quién fue.
¿Callas? Aprieta, borracho.
NIÑO: Fuenteovejuna, señor.
JUEZ: ¡Por vida del rey, villanos,
que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al comendador?
FRONDOSO: ¡Que a un niño le den tormento
y niegue de aquesta suerte!
LAURENCIA: ¡Bravo pueblo!
FRONDOSO: Bravo y
fuerte. JUEZ: Esa mujer al
momento en ese potro tened.
Dale esa mancuera luego.
LAURENCIA: Ya está de cólera ciego.
JUEZ: Que os he de matar, creed,
en este potro, villanos.
¿Quién mató al comendador?
PASCUALA: Fuenteovejuna, señor.
JUEZ: ¡Dale!
FRONDOSO: Pensamientos vanos.
LAURENCIA: Pascuala niega, Frondoso.
FRONDOSO: Niegan niños. ¿Qué te
espanta? JUEZ: Parece que los encantas.
¡Aprieta!
PASCUALA: ¡Ay, cielo piadoso!
JUEZ: ¡Aprieta, infame! ¿Estás
sordo? PASCUALA: Fuenteovejuna lo
hizo.
JUEZ: ese de ~~tracome~~ más rollizo,
LAURENCIA: ¡Pobre Mengo! Él es, sin duda.
FRONDOSO: Temo que ha de confesar.
MENGO: ¡Ay, ay!
JUEZ: Comenza a apretar.
MENGO: ¡Ay!
JUEZ: ¿Es menester ayuda?

MENGO: ¡Ay, ay!
 JUEZ: ¿Quién mató,
 villano, al señor comendador?
 MENGO: ¡Ay, yo lo diré,
 señor! JUEZ: Afloja un poco
 la mano. FRONDOSO: Él
 confiesa. JUEZ:
 Al palo apalea la espalda.
 MENGO: Quedo;
 que yo lo diré.
 JUEZ: ¿Quién lo mató?
 MENGO: Señor,
 ¡Fuenteovejuna! JUEZ:
 ¿Hay tan mala pregunta?
 ¿Hay tan mala pregunta burlando.
 En quien estaba esperando,
 niego con mayor porfía.
 Dejados; que estoy cansado.
 FRONDOSO: ¡Oh, Mengo, bien te haga
 Dios! Temor que tuve de dos,
 el tuyo me le ha quitado.

Salen con MENGO, BARRILDO y el REGIDOR

BARRILDO: ¡Víctor, Mengo!
 REGIDOR: ¡Y con
 razón! BARRILDO: ¡Mengo, Víctor!
 FRONDOSO: Eso
 digo. MENGO: ¡Ay, ay!
 BARRILDO: Toma, bebe,
 amigo. Come.
 MENGO: ¡Ay, ay! ¿Qué es?
 BARRILDO:
 Diacitrón. MENGO: ¡Ay, ay!
 FRONDOSO: Echa de beber.
 BARRILDO: [Es lo mejor que hay]. ¡Ya va!
 FRONDOSO: Bien lo cielo. Bueno está.
 LAURENCIA: Dale otra vez de comer.
 MENGO: ¡Ay, ay!
 BARRILDO: Ésta va por mí.
 LAURENCIA: Solemnemente lo embebe.
 FRONDOSO: El que bien niega, bien bebe.
 REGIDOR: ¿Quieres otra?
 MENGO: ¡Ay, ay!! ¡Sí, sí!
 FRONDOSO: Bebe; que bien lo mereces.
 LAURENCIA: ¡A vez por vuelta las cuela!
 FRONDOSO: Arrópale, que se hiela.
 BARRILDO: ¿Quieres más?
 MENGO: Sí, otras tres veces.
 ¡Ay, ay!
 FRONDOSO: Si hay vino
 pregunta. BARRILDO: Sí, hay. Bebe a tu
 placer; que quien niega ha de beber.
 ¿Qué tiene?
 MENGO: Una cierta
 punta. Vamos; que me aromadizo.

FRONDOSO: Que beba, que éste es mejor. ¿Quién mató al comendador?
 MENGO: Fuenteovejuna lo hizo.

Vanse MENGO, BARRILDO, y el REGIDOR

FRONDOSO: Justo es que honores le den. Pero decidme, mi amor, ¿quién mató al comendador?
 LAURENCIA: Fuenteovejuna, mi bien.
 FRONDOSO: ¿Quién le mató?
 LAURENCIA: Darme espanto. Pues, Fuenteovejuna fue.
 FRONDOSO: Y yo, ¿con qué te maté?
 LAURENCIA: ¿Con qué? Con quererte tanto.

Vanse. Salen el REY y la reina ISABEL y luego MANRIQUE

ISABEL: No entendí, señor, hallaros aquí, y es buena mi suerte.
 REY: En nueva gloria conviertemi vista el bien de miraros. Iba a Portugal de paso y llegar aquí fue fuerza.
 ISABEL: Vuestra majestad le tuerza, siendo conveniente el caso.
 REY: ¿Cómo dejáis a Castilla?
 ISABEL: En paz queda, quieta y llana.
 REY: Siendo vos la que de ella mandáis.

Sale don MANRIQUE

MANRIQUE: Para ver vuestra presencia el maestre de Calatrava, que aquí de llegar acaba, pide que le deis licencia.
 ISABEL: Verle tenía deseado.
 MANRIQUE: Mi fe, señora, os empeño, que aunque es en edad pequeño, es valeroso soldado.

Vase, y sale el MAESTRE

MAESTRE: Rodrigo Téllez
 Girón, que de loaros no acaba,
 maestre de Calatrava,
 os pide humilde perdón.
 Confieso que fui engañado,
 y que excedí de lo justo
 en cosas de vuestro gusto,
 como mal aconsejado.
 El consejo de Fernando
 y el interés me engañó,
 injusto fiel; y así, yo
 perdón humilde os demando.
 Y si recibir merezco
 esta merced que suplico
 desde aquí me certifico
 en que a serviros me ofrezco,
 y que en aquesta jornada
 de Granada, adonde vais,
 os prometo que veáis
 el valor que hay en mi espada;
 donde sacándola apenas,
 dándoles fieras congojas,
 plantaré mis cruces rojas
 sobre sus altas almenas;
 Y más, quinientos soldados
 en serviros emplearé,
 junto con la firme y fe
 de en mi vida disgustaros.

REY: Alzad, maestre, del
 suelo; que siempre que hayáis venido,
 seréis muy bien recibido.

MAESTRE: Sois de afligidos
 consuelo. ISABEL: Vos con valor
 peregrinosabéis bien decir y hacer.

MAESTRE: Vos sois una bella
 Ester y vos un Xerxes divino.

Sale MANRIQUE

MANRIQUE: Señor, el
 pesquisidor que a Fuenteovejuna ha ido
 con el despacho ha venido
 a verse ante tu valor.

REY: Sed juez de estos
 agresores. MAESTRE: Si a vos,
 señor, nos mirada les enseñara
 a matar comendadores.

REY: Eso ya no os toca a
 vos. ISABEL: Yo confieso que he
 de ver el cargo en vuestro poder,

si me lo concede Dios.

Sale el JUEZ

JUEZ: A Fuenteovejuna fui
de la suerte que has mandado
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
 Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
 porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: "Fuenteovejuna."
 Trescientos he atormentado
con no pequeño rigor,
y te prometo, señor,
que más que esto no he sacado.
 Hasta niños de diez años
al potro arrimé, y no ha sido
posible haberlo inquirido
ni por halagos ni engaños.
 Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o los has de perdonar,
o matar la villa toda.
 Todos vienen ante ti
para más certificarte;
de ellos podrás informarte.

REY: Que entren pues viene, les
di.

Salen los dos alcaldes, FRONDOSO, las mujeres y los villanos que quisieren

LAURENCIA: ¿Aquestos los reyes son?
FRONDOSO: Y en Castilla poderosos.
LAURENCIA: Por mi fe, que son hermosos;
 ¡bendígalos San Antón!
ISABEL: ¿Los agresores son
éstos? ESTEBAN: Fuenteovejuna,
señora, que humildes llegan ahora
para serviros dispuestos.
 La sobrada tiranía
y el insufrible rigor
del muerto comendador,
que mil insultos hacía
 fue el autor de tanto daño.
Las haciendas nos robaba

y las doncellas forzaba,
siendo de piedad extraño.

FRONDOSO: Tanto, que aquesta
Zagala, que el cielo me ha concedido,
en que tan dichoso he sido
que nadie en dicha me iguala,
cuando conmigo casó,
aquella noche primera,
mejor que si suya fuera,
a su casa la llevó;
y a no saberse guardar
ella, que en virtud florece,
ya manifiesto parece
lo que pudiera pasar.

MENGO: ¿No es ya tiempo que hable
yo? Si me dais licencia, entiendo
que os admiraréis, sabiendo
del modo que me trató.

Porque quise defender
una moza de su gente,
que con término insolente
fuerza la querían hacer,
aquel perverso Nerón
de manera me ha tratado
que el reverso me ha dejado
como rueda de salmón.

Tocaron mis atabales
tres hombres con tan porfía,
que aun pienso que todavía
me duran los cardenales.

Gasté en este mal prolijo,
por que el cuero se me curta,
polvos de arrayán y murta
más que vale mi cortijo.

ESTEBAN: Señor, tuyos ser
queremos Rey nuestro eres natural,
y con título de tal
ya tus armas puesto habemos.

Esperamos tu clemencia
y que veas esperamos
que en este caso te damos
por abono la inocencia.

REY: Pues no puede
averiguarse el suceso por escrito,
aunque fue grave el delito,
por fuerza ha de perdonarse.

Y la villa es bien se quede
en mí, pues de mí se vale,
hasta ver si acaso sale
comendador que la herede.

FRONDOSO: Su majestad habla, en
fin, como quien tanto ha acertado.
Y aquí, discreto senado,
Fuenteovejuna da fin.

FIN DE LA COMEDIA

